

ORACIÓN Y OFERTORIO

Padre Pedro José Ynaraja

Ninguno de los dos aspectos es esencial, pero sí importante y pedagógico.

La homilía está pegada a la proclamación de la Palabra de Dios. Las de estilo telegráfico, en principio pueden gustar, a la larga carecen de utilidad evangelizadora. El alimento del alma debe ser más sólido y reposado que un fugaz bocadillo. Los textos de la comunidad cristiana primitiva, la que de un puñadito de miembros fue capaz de crecer y llegar hasta nosotros, no son precisamente mensajes SMS.

El credo es la firma, la ratificación personal del sentido de la presencia. Le sigue la Oración de los Fieles. La fórmula emblemática la ostenta la que está incluida en la Acción Litúrgica del Viernes Santo, pero no es preciso repetirla. Es más, en la posibilidad de participación individual y libre, reside uno de sus encantos. Recuerdo que en un campamento scout, allá por los años 60, les decía: somos una unidad católica y debemos demostrarlo, cada mañana celebraremos la misa, ahora bien, algunos de vosotros: intendentes o que os toca desplazarnos al pueblo a comprar, tal vez no dispongáis de suficiente tiempo. Podéis permanecer la primera parte, encomendarnos vuestras suplicas y deseos y marchar a cumplir con el deber (otra cosa era el domingo). Con sinceridad y espontaneidad, nos comunicaban sus deseos y se iban después. Añádase a lo dicho, que no siempre la Fe individual llega al nivel eucarístico, pero sí a la lectura instructiva y la invocación, gimnasia espiritual. Llamaba una chica que vino a Taizé y quedó encantada de las oraciones.

Hacia el año 1953, nos llegaban noticias de las inquietudes religiosas de estudiantes franceses, agrupados en la parroquia universitaria, situada en el barrio latino de París. Editaban ellos una revista y, en una página, vi un día una foto del ofertorio. Era de un gran cesto, donde se acumulaban botes de conserva, cirios, vino de celebrar, café soluble y no sé qué más. Se me quedó grabada la imagen y, llegado el momento de mi ordenación sacerdotal, y de celebrar la Primera Misa solemne, en aquellos tiempos de gran pompa, que iba acompañada de más regalos que los que se hacían a una novia, amén de asiento reservado para tal evento, no quise seguir tal costumbre. Todos estaban invitados y enterados del significado de la fiesta. Chicos y chicas del mundo excursionista, de la JOC y del escultismo, ofrecieron: pan, embutidos, mantequilla, una paloma, chocolate etc. Tuve la satisfacción de comerlo emocionado con la familia y de que una parte fuera para los pobres.

Un tal ofertorio ha sido sustituido por la entrega de una limosna, el llamado estipendio, que desdibuja, aunque facilite, el gesto. Sé que no es novedad lo que estoy explicando, pero quiero señalar dos errores en que con facilidad se cae. No es pedagógico que se diga: ahora los niños le ofrecerán estas piedras o estos dibujos que han hecho(a veces burdos garabatos). Si el chico va ofrecer una cosa, debe ser

consciente de que tiene valor o belleza y alguna utilidad para la celebración. El segundo error, se da entre gente adulta y quiere ser adorno de grandes solemnidades. Por parte de los organizadores se escoge algo suntuoso y después se encarga a alguien que lo acerque al altar. A lo mejor, ni saben lo que llevan, ni han tenido arte ni parte en la elección. Pero, ¡queda bien! ¡pura comedia!

Padre Pedro José Ynaraja